

Lima-Sao Paulo, escalas*

Instrucciones para olvidar a una chilena

JAIME AVILES

A René Delgado

Con su boleto aéreo a Sao Paulo en el bolsillo del corazón, Flores Rojas paseaba por el centro de Buenos Aires pensando en los barrios pobres de la capital de Chile y en el autobús de dos pisos que lo había llevado desde el sur de Perú hasta Santiago, a lo largo de 48 horas y 2 mil kilómetros, y en la pensión de Arequipa donde había dormido la víspera de su aventura en la frontera chilena, y al mismo tiempo, o si se quiere en intervalos fugaces por aquello de que las palabras también ocupan un lugar en el espacio, en el escandinavo día que soportaban los porteños con sus bufandas de Navidad aquella mañana de viernes a mediados de julio, en la que el vértigo de sus reflexiones lo impulsaba a dar cada paso con mayor angustia y pesimismo que el anterior. El miedo le aconsejaba regresar al hotel y sacar la mochila y parar un taxi y dirigirse al punto donde a las 3 de la tarde se detendría el camión de la aerolínea, pero la avidez de contemplar la desolación de la luz en los escaparates de Florida y el ansia por absorber en la memoria el máximo de imágenes de una ciudad a la que no iba a regresar aunque se prometiera y se prometiera que muy pronto volvería, todo eso, junto y revuelto, lo mantenía en marcha. A fin de cuentas iba ligero de peso porque era libre: no tenía casa, no tenía mujer, no tenía familia excepto algunas referencias consanguíneas bien específicas; pero a cambio de no tener nada gozaba con los requerimientos de un empleo que le proporcionaba el dinero necesario para viajar y la credencial adecuada para materializarse en la embajada de México en el momento extremo y exigir ayuda para continuar en la ruta, invocando que cumplía con la sagrada misión de informar al país acerca de las rápidas mutaciones que sufrían los gobiernos del continente. En lo que iba de ese año había estado en Miami, en Santo Domingo y en Puerto Príncipe, y ahora, tres meses más tarde, después de Lima y Santiago estaba en Buenos Aires y esa misma noche dormiría en Brasil. De modo que además de la avidez por ver, el deseo de huir, la sensación culpable y las falsas promesas que había ideado para atenuar la culpa, Flores Rojas cruzaba ante las vitrinas de Florida con la satisfacción elemental de ser un vagabundo de 26 años con todos los gastos pagados, que se apresuraba a distanciarse, aún más, del verdadero punto de destino de su viaje: cierta casa con verjas, que no sospechaba, escondida y pequeña entre los altos árboles de un jardín pretencioso y estrecho; una calle que jamás se había hecho el propósito de imaginar; un barrio del que había oído hablar desde siempre, si cupiese aclarar que desde siempre abarcaba apenas algo más que un sexenio. Al dar vuelta hacia la derecha por una vereda que subía y paseaba por detrás de una gran tienda -vio los camiones de reparto alineados ante el portón, vio el interior de la bodega- comprendió que en realidad ni siquiera había transcurrido un sexenio porque faltaban tres meses para octubre, tres meses aún. Si consideramos, pensó, si en estricto rigor contamos a partir de la primera imagen de la niña de 14 años que aparentaba los más hermosos 18, y si tomamos esta fecha precisa y extendemos la cinta métrica hasta el momento en que se despidió de una esplendorosa recién casada de 20 que se le antojaba falsa y desconocida, he vivido, se dijo, cinco años y ocho meses con 12 días girando en torno de esta mujer, primero en torno de su presencia y después de su recuerdo, y al oír esta frase dicha por él mismo sin que él mismo la hubiese pronunciado, Flores Rojas sintió repentina nostalgia por la música de Pedro Infante que para su sorpresa tocaban a veces en el radio de los taxis sudamericanos. Pero desde hace nada más que 19 días, se dijo, ¡soy libre de este martirio!, e imbuido de su explosiva euforia de cantina y pensando en que Pedro Infante al beberse media botella de tequila de un saque en *Los tres García* reaccionaba como cualquier miserable adolescente dominicano al oler un *popper* en algún callejón de Manhattan, Flores Rojas se detuvo en la esquina y el estupor deshizo sus pensamientos porque ante él estaba el edificio de su hotel como jamás hubiera creído que lo vería: como un refugio, como el único sitio seguro para esconderse del viento que una vez más empujaba en ráfagas a la lluvia.

*Cuarta parte